

# Introducción

El presente libro fue terminado a lo largo del año 2017, en distintos momentos. En particular, el capítulo relativo al proceso conflictivo en Siria se terminó en junio de ese año. En tanto que el resto de los capítulos quedaron terminados en las Navidades de 2017. Es por esto por lo que los sucesos desarrollados a partir de julio en el conflicto sirio no han quedado específicamente contemplados y, en consecuencia, analizados.

La sociedad internacional actual es el resultado de una evolución que se inicia hace varios siglos, pero que ha conocido en los últimos cien años una aceleración que parece conducir a una transformación sistemática de importancia esencial. En este proceso acelerado los principales actores de la Sociedad Internacional han visto cambiar sus posiciones relativas. Los estados han visto sus dimensiones reducirse en términos relativos provocando una pérdida de poder político en el conjunto del escenario. Las organizaciones internacionales que han proliferado desde finales del siglo XIX y parecían la solución para todos los problemas parecen haber entrado en crisis y en cierta decadencia ante las situaciones que tienen que enfrentar. Da la impresión de que la operatividad de las organizaciones internacionales ha disminuido.

Los actores no estatales se han multiplicado tanto en contenidos (abarcando toda la actividad humana) como en las formas de su organización, haciendo que clasificaciones como las que sitúan como principales actores no estatales a las firmas multinacionales y a las organizaciones no gubernamentales parezcan poco ajustadas a la variedad actual. La diversidad parece acentuarse y, aunque los

modelos de polaridad (¿quién manda?) son los mismos, las dimensiones han adquirido un alcance global, ajustadas a un modelo social en el que todo el espacio está repartido.

La crisis que se inició en Siria hace varios años marca un punto de referencia para los análisis de la realidad internacional. Esto no se debe tanto a su ubicación espacial como a las pretensiones de los actores. El Oriente Medio está en el núcleo de la problemática internacional, al menos, desde la segunda guerra mundial; aunque la pérdida del control otomano sobre la zona, al final de la primera guerra mundial, prepara el terreno para la conflictividad posterior. Hay autores que sugieren o consideran que el motivo reside en el hecho de que las reservas de hidrocarburos son muy grandes y, en consecuencia, todos los estados, y en especial las principales potencias, tienen un interés destacado en la zona. El petróleo resulta una motivación fundamental, pero podemos preguntarnos si es la única. Lo cierto es que la lógica del poder en el escenario internacional tiene más elementos que los recursos energéticos. La crisis migratoria que el conflicto en Siria ha provocado muestra que hay otras cuestiones distintas de primera importancia que operan.

La crisis siria demuestra, además, que prácticamente todo está conectado, como manifiesta la variedad de orígenes de muchas personas que aprovechan la emigración de los sirios desde su tierra para unirse al movimiento migratorio. La implicación directa o indirecta en el conflicto de muchos estados demuestra que se está produciendo un cierto alineamiento que parece dotado de cierta consistencia y duración, que puede recordar al que caracterizó el período de la guerra fría. Los cambios en el alineamiento de una parte de los actores permiten poner en cuestión algunas de las conclusiones que se extrajeron en los años noventa del siglo pasado y comienzos del actual. Sin llegar a ser alianza (hay una cierta volatilidad en los alineamientos) las relaciones cambiantes parecen conducir a cierta estabilización de las amistades internacionales. Oriente Medio resulta un escenario que ilustra las transformaciones del conjunto del modelo internacional.

El problema, al igual que a comienzos de los años noventa del siglo pasado, reside en conseguir entender el sentido de los cambios y, en consecuencia, ver hacia dónde se mueve el escenario internacional y quiénes en él se mueven. El marco de la comprensión es un mundo globalizado en el que las operaciones de expansión espacial, en el sentido clásico, ya no existen y las alternativas oscilan entre la desintegración de realidades poco manejables y la integración en marcos organizativos más amplios.

El presente trabajo está dedicado a la crisis en Siria y en Oriente Medio utilizada como excusa y paradigma del modelo internacional, intentando identificar el sentido de las transformaciones que se están produciendo y, como resultado, por dónde puede derivar el modelo de sociedad internacional.

La realidad nunca asume la falta de movimiento durante mucho tiempo. La realidad internacional no es una excepción, como se puede apreciar en la evolución de los últimos siglos. Los sucesos pequeños y grandes, las guerras, las revoluciones, los procesos de independencia no sólo dejan huella, sino que condicionan los caminos a través de los cuales el modelo social se mueve. Aunque no es posible, habitualmente, anticipar lo que va a suceder, sí es fácil apreciar un elemento presente en el proceso de evolución; es la aceleración creciente que hace que los cambios en la situación del conjunto parezcan muy imprevistos, casi salidos de la nada. La cuestión no reside en que no haya motivos o situaciones precursoras, sino, más bien, que los sucesos se enlazan con menos lapso de tiempo, lo que implica que las decisiones se adoptan de una manera más rápida.

La aceleración de los procesos no es algo que pueda deberse, principalmente, al elemento político, sino que tiene un fuerte componente técnico y cultural. Los nuevos medios, en especial los informáticos y los telemáticos, permiten flujos de información mucho mayores en las mismas unidades de tiempo. Esto facilita la acumulación de información y con ello reduce el tiempo que se necesita para fundamentar

cualquier decisión. El resultado es el «encogimiento» del tiempo en paralelo a la reducción del espacio, que es función del incremento en las capacidades del transporte y las posibilidades de comunicación instantáneas con cualquier parte del mundo.

La globalización o mundialización tiene como uno de sus ingredientes el hecho de que el espacio se ha reducido en función de la rapidez del transporte y de las comunicaciones. Si a esto le unimos el cierre del espacio político del planeta, la sensación es que el espacio se ha reducido enormemente; ya no tenemos espacio terrestre que descubrir en el planeta y, puesto que este espacio es fundamental para el asentamiento humano, es comprensible la expresión «cierre de espacio político del planeta». Todo está repartido entre los estados, principales entidades políticas de la sociedad internacional.

Si ya no hay espacio terrestre que descubrir, la única forma de adquirir espacio es restárselo a otros estados, teniendo en cuenta que la formación de éstos, en cuanto a sus límites espaciales no es algo que se haya producido, por lo general, en un solo momento, sino que es el fruto de una evolución con diversidad de sucesos. Esto explica, en buena medida, la gran diversidad de entidades estatales y de sus características. De hecho, el mundo de los estados ha evolucionado enormemente en los últimos cien años. Se ha producido un incremento sustancial en el número de estados después de la primera guerra mundial y, como resultado, también se ha producido un crecimiento significativo de la diversidad: extensión, población, orografía, formas de organización política, modelos sociales y económicos, etc. Esta parte del libro está dedicada a analizar cómo están operando los cambios sobre la diversidad de actores estatales y no estatales, sobre la importancia relativa de los factores que son recursos que el planeta pone a disposición, sobre los procesos cooperativos y conflictivos y, en esencia, sobre el futuro del modelo social internacional.

## ¿Guerra civil en Siria?

Es posible que todo aquel que se adentre por primera vez en las razones y complejidades del conflicto sirio caiga en la cuenta de lo difícil que resulta entender su naturaleza y desarrollo. Lo que sí es sabido a estas alturas es que se trata de la mayor catástrofe humanitaria registrada en Oriente Próximo desde hace más de cien años. Las cifras son también conocidas. En el momento de escribir estas líneas, el número de muertos gira en torno a los 400.000, hay más de cinco millones de refugiados y otros seis millones de desplazados internos. Estos datos continúan aumentando cada día. Quizá lo que más ha llamado la atención en Europa es la llegada a sus costas de más de un millón de refugiados sirios. Es a partir de la oleada migratoria y de la intervención de Daesh cuando las sociedades europeas comienzan a prestar más atención a lo que ocurría y ocurre en Siria. Es cuando ven peligrar sus intereses cuando se despierta el interés por conocer qué pasa en el país.

Los medios de comunicación informan de que Siria ha entrado en su sexto año de guerra. Sin embargo, seis años atrás, en 2011, no comenzaba una guerra, comenzaba una revolución contra la tiranía de los Asad. La población siria salió a las calles con ramas de olivo en las manos pidiendo dignidad y libertad. Pedían el fin de un régimen que llegó al poder en 1970 y que parece estar ahora aún más consolidado, 46 años después. La revolución, animada por la Primavera Árabe de Túnez, Egipto o Libia, no obtuvo los mismos resultados que en estos lugares. Lejos de marcharse o caer, el régimen permanece anclado en el poder. Contra las protestas pacíficas, contra esas ramas de olivo alzadas, el régimen de Bashar al-Asad reaccionó primero con disparos, pero más tarde con bombardeos aéreos, artillería pesada, asedios y hasta armas químicas. Reprimió las revueltas de una manera brutal

causando, en definitiva, la militarización de la revolución y preparando el terreno para la aparición y asentamiento de grupos yihadistas como Daesh o Al-Nusra, la rama siria de Al Qaeda. La intervención de estos grupos terroristas sirvió a al-Asad para avalar el discurso que ha utilizado desde el comienzo de las revueltas y con el que ha justificado la represión contra su pueblo. Al-Asad ha calificado de terroristas a todo aquel que fuera contrario al régimen. Ha difundido, además, que la naturaleza del conflicto radica en los sectarismos, mientras otros autores y activistas sirios aseguran que es, en realidad, un conflicto político que surge a raíz de casi medio siglo de autocracia y que evoluciona fomentado por los intereses regionales y globales en el terreno.

El asentamiento de Daesh y otros grupos terroristas fue útil también para acercarse a posibles aliados extranjeros con la intención de luchar juntos contra el «terrorismo». A raíz de la aparición de Daesh, Estados Unidos lideró una coalición internacional con el objetivo de bombardear las posiciones del grupo terrorista en Iraq y Siria. Rusia decidió formar parte también de esos bombardeos, pero terminó atacando posiciones rebeldes, apoyando al régimen de Bashar al-Asad.

En definitiva, la guerra en Siria no se libra únicamente entre las fuerzas del régimen y la oposición, sino que Siria se ha convertido en el campo de batalla de una guerra de la que forman parte actores regionales y globales. La intervención de estos se entiende en base a sus intereses geoestratégicos en el terreno. Además, aunque en Siria no se encuentran las mayores reservas petrolíferas, el país constituye un puente de comunicación ideal para el transporte de recursos desde el golfo Pérsico hasta el Mediterráneo. Así, Rusia se afianza como el principal aliado de Bashar al-Asad junto con Irán y Hezbollah. Mientras Turquía, Arabia Saudí y Qatar han financiado en distintas ocasiones a diferentes grupos rebeldes buscando asegurar sus intereses en el terreno. La comunidad internacional, en definitiva, se ha caracterizado por su inactividad e ineficacia, iniciando en 2012 una serie de reuniones que pretendían buscar una solución política en Siria pero

que no han hecho más que alargarse y generar titulares en los medios de comunicación.

## 1. El régimen sirio y el fin del «Reino del Silencio»

La población siria, contagiada por la Primavera Árabe que había acabado con las dictaduras en Túnez, Egipto y Libia, comenzó a salir a las calles en marzo de 2011. Para entender las causas que propiciaron esa revolución es preciso retroceder, como mínimo, hasta 1970, año en el que Hafez al-Asad, padre del actual presidente del país, Bashar al-Asad, alcanza el poder e inicia en Siria un régimen autoritario. Antes de comenzar a hablar sobre la revolución conviene, en consecuencia, comprender las condiciones sociales y políticas en las que la población siria vivió –y aún vive– bajo el poder del régimen.

La época anterior a la llegada de Hafez al-Asad está caracterizada por una inestabilidad marcada por una serie de golpes de Estado. El primero de ellos tiene lugar en 1949, protagonizado por el coronel Husni Zaim y apoyado por la Embajada Americana que, interesados en preservar sus intereses en la zona, buscaban a alguien que deseara el poder por encima de todo. Por entonces, el partido del Baaz, al que pertenecía Hafez al-Asad, comenzó a ganar importancia. La historia del Baaz nace de la mano de Michel Aflaq y Salah al-Din Bitar mientras ambos estudiaban en París entre 1929 y 1934. Surgió con la idea de alcanzar una resurrección –*Baaz*, en árabe– del sentimiento árabe, es decir, promover el nacionalismo, la identidad árabe y la lucha contra el colonialismo extranjero. Para conseguir sus objetivos Aflaq estableció tres principios interrelacionados e indivisibles: unidad, libertad y socialismo. Durante estos años de sucesivos golpes de Estado el Baaz continuó ganando fuerza. En 1952 crean el Partido Árabe Socialista del Baaz que tuvo una presencia importante hasta 1958, año en que Siria y Egipto forman la República Árabe Unida (RAU) y comienzan a afianzar un acercamiento a la URSS mientras Estados Unidos veía

peligrar sus intereses en la región. El Baaz y otros partidos de la izquierda pretendían ganar protagonismo en la RAU, pero Nasser la dominó por completo y despreció al Partido. Esa unión tan solo dura tres años: el 28 de septiembre de 1961 otro golpe de Estado militar en Siria acaba con la RAU.

Poco después, en 1963, tiene lugar el golpe de Estado del Baaz, por el que se convierte en el partido único, eliminando el resto de formaciones políticas. Desde entonces, el partido del Baaz domina Siria pero se aleja de los ideales establecidos en un principio por sus fundadores. Junto con el presidente, Nur al Din al-Atasi, uno de los principales hombres del Partido fue Salah Yadid. Ese mismo año, además, se instaura en Siria la Ley de Emergencia ante el peligro de los vecinos israelíes. Debido a luchas internas otro golpe de Estado tiene lugar en 1966. Pero fue en 1970 cuando la trayectoria siria cambia radicalmente. Hafez al-Asad da un golpe de Estado. Él, nuestro primer protagonista, era un campesino del pueblo de Qardaha, un área predominantemente alauita. Los alauitas son una minoría musulmana que tiene sus orígenes en el Islam chií, pero que ha sido criticada por otras corrientes del Islam, las cuales han incluso negado que los alauitas fueran musulmanes. Son una comunidad que vivía en las zonas montañosas de Siria, empobrecidos y, en cierto modo, despreciados y marginados por la población de las ciudades. Hafez se unió al Baaz en 1946 pero su papel en el partido comenzó a crecer a raíz del sangriento golpe de Estado de 1963, del que formó parte junto con el comité secreto militar del Partido. Desde entonces, Hafez ascendió rápidamente. Fue Ministro de Defensa en 1967 durante la guerra de los seis días con Israel, lo que supuso una desastrosa derrota para los árabes y para Siria, que perdió los Altos del Golán. Hafez era, por lo tanto, el responsable de todo el aparato militar. A partir de entonces, comienza a fraguarse una enemistad entre Hafez y Salah Yadid que terminó traducándose en un enfrentamiento entre las fuerzas militares, controladas por al-Asad, y el aparato del partido, dirigido por Yadid. Finalmente, el 13 de noviembre de 1970, Hafez alcanza

definitivamente el poder con un golpe de Estado militar e instaura la «República Árabe Siria».

Lejos de iniciar una República democrática, Hafez al-Asad transformó la República en dictadura. Yassin al-Haj Saleh, uno de los intelectuales sirios más reconocidos, fue prisionero político 16 años durante el régimen de Hafez y describe en sus artículos y entrevistas cómo la población siria, desde el inicio de la tiranía de los Asad, dejó de tener vida política. Yassin, conocido también como «la voz de la conciencia siria», explica cómo Asad estableció lo contrario a una República, eliminando la vida política del interior del país y la igualdad entre los ciudadanos. Todo giraba, desde entonces, en torno al régimen y a su supervivencia. Durante las tres décadas de mandato, la población siria vivía por y para un único individuo, la vida pública y política se formaba alrededor de la persona del presidente. En poco tiempo Hafez llegó a controlar a la población. Llevó a cabo purgas políticas, eliminando a aquellos contrarios a sus ideales y situando en su lugar a personas de su confianza, la gran mayoría alauitas. En especial en el ejército y el aparato militar, dirigido y liderado por alauitas o sunnitas que aceptaban el liderazgo de al-Asad. Muchas de las víctimas de esas purgas fueron mandadas a prisiones del régimen, por lo que los presos o exiliados políticos fueron numerosos. Entre ellos, los propios fundadores del partido del Baaz. Michel Aflaq huyó a Bagdad y Salah al-Din Bitar a París, donde fue asesinado. El anterior presidente, Nur al Din al-Atasi, y Salah Yadid fueron, junto con otros muchos, encarcelados. Hafez asumió, además, el cargo de secretario general del Baaz, asegurándose de que todos los que formaban parte del régimen fueran de su confianza. Asad inició su mandato con la intención de acaparar todo el poder y permanecer dominando el país durante un largo tiempo. Tal y como afirma Ignacio Álvarez-Ossorio en su libro *Siria Contemporánea*, «Hafez al-Asad asumió un poder prácticamente absoluto, convirtiéndose en el dictador de Siria por un período de tres décadas». El mandato de Hafez fue, también, una época estable. Trajo educación, electricidad y agua canalizada a prácticamente todo

el país. La mortalidad infantil fue reducida y la esperanza de vida aumentada.

Uno de los principales objetivos de Asad fue fortalecer el ejército con la excusa de luchar contra la ocupación israelí en los Altos del Golán pero buscando, también, controlar a la población y permanecer en el poder. Los servicios de inteligencia, los *mujabarat*, tenían un papel fundamental. Gozaban de inmunidad, por lo que podían detener sin razones, torturar o, incluso, asesinar a todo aquel que consideraran, según su criterio, una amenaza para el régimen. En consecuencia, ser activista o manifestar opiniones contrarias al régimen era, para la población siria, una actividad de riesgo. Los *mujabarat* eran, además, corruptos. Los sobornos o el uso de contactos eran las únicas maneras de liberar a alguien.

Ante la situación en la que se encontraba el país una oleada revolucionaria se extendió en 1979 por distintas ciudades sirias. Se habla de una insurrección islamista, apoyada por los Hermanos Musulmanes en Siria, pero en ella también participaron, según Yassin al-Haj Saleh, estudiantes universitarios, comerciantes y partidos políticos. Hubo, incluso, un intento de asesinato a Hafez. Ante ese hecho, la respuesta del régimen fue ejecutar a 800 prisioneros políticos que estaban encarcelados en Tadmur, una prisión de Palmira. Fue el antecedente de la masacre de Hama que acabo con la insurrección en 1982. La cifra de muertos de la matanza es confusa pero se ha llegado incluso a hablar de entre 20.000 o 30.000 víctimas. Otros 10.000 fueron, además, enviados a prisión. Con la masacre de Hama y esa brutal represión consiguieron su objetivo: instaurar el miedo en la población. Desde entonces, Siria fue el «Reino del Silencio», tal y como lo denominó Riyad al-Turk, un activista izquierdista que, como Yassin, estuvo 18 años en prisión, en régimen de aislamiento, sin ni siquiera haber sido juzgado. A partir de entonces, la represión y la corrupción en el régimen continuó aumentando. La presencia de los *mujabarat* se incrementó, atemorizando al país. Además, Hafez utilizó la heterogeneidad religiosa en Siria para dividir a la población, ganándose el apoyo

de ciertas comunidades. Siria era, en definitiva, la Siria de Asad. Y lo siguió siendo tras su muerte, en el año 2000. Hafez, de nuevo contrario a la política de la República, estableció un régimen hereditario. Su hijo, Basil, era el principal candidato a ocupar el puesto de su padre. Sin embargo, este murió en un accidente de tráfico en 1994. Llega, entonces, nuestro segundo protagonista: Bashar al-Asad.

Bashar tenía 34 años cuando asumió el poder. Por aquel entonces estudiaba en Londres para ser oftalmólogo. La educación que recibió Bashar fue diferente a la que había conocido su padre, originario de una zona pobre y rural de Siria. Tal vez por eso el pueblo tenía ciertas expectativas con la llegada al poder de Bashar. Esperaban que con él tuviera lugar una modernización de Siria y que se cumplieran, por fin, las demandadas reformas políticas. Sin embargo, esas esperanzas fueron rápidamente defraudadas. Aunque durante los primeros meses de su mandato prometió llevar a cabo algunas de esas reformas, todo quedó en un simple ejercicio de relaciones públicas y en un intento de ganarse el apoyo de la población.

Bashar siguió, entonces, el camino iniciado por su padre, llegando, incluso, a intensificar la represión y el autoritarismo que caracterizaba al régimen. Hizo caso omiso de las demandas de su pueblo y llevó a cabo una liberalización económica y una modernización de los miembros del partido, lo que continuó perjudicando a la población siria. La política económica benefició a las clases altas y elitistas, empobreciendo, cada vez más, a la población de las zonas rurales que terminó mudándose a las ciudades. El 60% de la economía siria, según John McHugo, autor de *Syria, a Recent History* estaba en manos de su primo Rami Majluf. Tal y como afirma McHugo, Majluf representaba alrededor de 200 compañías internacionales que operaban en Siria. El resultado de la política económica fue un país con más de un 30% de la población en el umbral de la pobreza y un 20% de paro. Además, la población siria era fundamentalmente joven –un 50% tenía menos de 19 años– por lo que salían al mundo laboral sin posibilidad de encontrar empleo. A esto se suma, además, la sequía

que azotó Siria entre 2006 y 2010, encareciendo productos básicos y perjudicando enormemente al sector agrícola.

Otra de las principales prácticas del régimen que condujo al aumento de la desigualdad en la población es la expropiación de tierras –que ya jugaba un papel fundamental durante el mandato de Hafez– utilizada para beneficiar a las élites ricas y empeorar las condiciones de vida de los más pobres.

La supervivencia del régimen dependía, como ocurría con su padre, de su familia, allegados y personas de confianza a los que colocó en posiciones claves en el Partido y el aparato militar. Sus cuñados y primos ocuparon puestos como la dirección de la Inteligencia Militar o la Dirección General de Seguridad de Damasco. En definitiva, era una alianza familiar la que controlaba el rumbo del país. En consecuencia, el problema de la corrupción no desapareció sino que se incrementó. De otro lado, Bashar modernizó la administración situando en cargos políticos, administrativos y militares a intelectuales y economistas formados en el extranjero, pero las antiguas figuras del régimen seguían controlando los servicios de inteligencia y las fuerzas armadas.

La falta de libertad y la represión continuaron siendo evidentes durante su mandato. Los *mujabarat* seguían teniendo un papel fundamental, por lo que las detenciones arbitrarias, torturas y desapariciones fueron frecuentes. La vida política de los ciudadanos, como ocurría con Hafez, era suprimida. La población no tenía la posibilidad de manifestar en público una posición contraria al régimen, no podían reunirse, ni organizar manifestaciones, ni discutir públicamente asuntos políticos. Una política que convirtió a la población en seres invisibles sin posibilidad de manifestar sus inquietudes y opiniones. Yassin Swehat, periodista hispano-sirio y editor del periódico digital *Al-Jumhuriya*, lo define como «un régimen brutal en sus ansias de dominio absoluto sobre el país y sus habitantes, apoyado sobre un aparato represor de larguísima tradición criminal y una red mercantil de afines dedicada al expolio descarado de la economía siria».